

SE SALE
JUEVES Y DOMINGOS

DIRECTOR-FUNDADOR
Eloy Revilla Buxó

NÚMERO DEL JUEVES
15 CÉNTIMOS
suplemento del domingo
10 CÉNTIMOS

NÚMEROS ATRASADOS
a dobles precios

SUSCRIPCIONES

En Madrid, 1 mes, 4 reales; 3 meses, 12 reales; 6 meses, 24 reales; 1 año, 48 rs.

DIRECCION

Calle de la Amnistía, 3
bajo de la derecha.



ÓRGANA POLÍTICA DEMOCRÁTICA

HERMOTEGA
MUNICIPAL
MADRID

CENTROS DE SUSCRIPCIONES A ESTE PERIÓDICO

LIBRERÍAS: de Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo.
de Gaspar, calle del Príncipe.

SUCURSAL DE PUBLICACIONES
Mayor, 13, portal.

En todos estos centros se dan recibos BROMÍSTICOS
que deben ustedes leer... por curiosidad.

A NUESTROS LECTORES EN PROVINCIAS

En las poblaciones adonde no llegue el próximo número de este periódico, nuestros habituales favorecedores pueden asegurar que el Agente que estaba encargado de la venta, no ha cubierto los compromisos aceptados, Y SE HA GUARDADO NUESTRO DINERO.

Ya no sabemos qué discurrir para que nos paguen lo que algunos vividores nos deben.

LA ADMINISTRACION.

DIVERSIONES

Prescindamos de los bailes de Piñata; son el último suspiro del Carnaval; una usurpación que el uso le ha tolerado dentro de los términos jurisdiccionales de la Cuarema. Esos bailes de Piñata han sido tan aburridos como los de Carnaval. Prescindamos también, si a Vds. les pareció, del baile del teatro de la Comedia, que el Sr. Ducazal dió en obsequio de los periodistas, y en el cual los periodistas estaban en minoría. Fué un baile como todos, en el cual no se bailó casi nada.

Y puesto ya el punto final en las diversiones carnavalescas, entremos ya en asuntos serios, como requiere la seriedad de la época.

Lo primero que nos sale al paso en la semana, son los conciertos de primavera en el teatro del Príncipe Alfonso. Estos conciertos son inseparables de la Cuarema: comienzan con su primer domingo y se prolongan hasta después de la Pascua.

La moda tiene ordenado, desde hace muchos años, que toda persona que se tenga por persona de buen tono, ha de asistir sin excusa ni pretexto a estas solemnidades artísticas. Ha sido la primera vez que la moda ha procedido con juicio y discreción. Los conciertos de la antigua sociedad de profesores músicos, son realmente una de las cosas que honran a Madrid.

En esas solemnidades sólo se consiente música escogida y de corte clásico. Allí predominan Beethoven, Haydn, Mendelssohn y Mozart. Son admitidos también algunos autores modernos, pero a condición de que lleven su contingente en música de corte clásico.

También se admite a algunos concertistas, pero han de ser de la talla de Rubinstein, Sarasate y Saint-Saens.

La novedad de este año ha sido, que en el primer concierto se presenta Monasterio con su violín. Pero el violín de Monasterio bien puede competir con el de Sarasate, y no digo con el de Paganini, porque no se crea que exagero.

El público selecto de los conciertos le ha tributado una ovación merecida.

Y puesto que he hablado de música, veamos el reverso de la medalla.

Si la Sociedad de Conciertos se conquista tantos aplausos, interpretando a maravilla las obras inmortales de los grandes maestros del arte sinfónico, la empresa del teatro Real soporta una nueva grito cada vez que pone en escena una ópera de las que, bien interpretadas, hacen las delicias del público.

Aquí está, para atestiguarlo, la pobre *Lucia di Lammermoor*, una de las obras que más gloria han dado al incomparable Donizetti.

Cuando nadie lo esperaba, el teatro Real nos anunció su representación, que pudiera haber llamado su martirologio. Presentó en ella una soprano inverosímil; no me acuerdo ni quiero acordarme de su nombre, sólo diré que no nació para cantar la *Lucia* en un teatro de primer orden. Y para acompañarla hizo salir de nuevo a las tablas a aquel tener Capellati, a quien ya tuvimos el disgusto de silbar en la *Africana*.

Excusado es decir que una y otro lo hicieron a cual peor, y la orquesta, por no ser menos, les ayudó a hacer disparates, destrozando sin piedad la bellísima partitura digna de mejor suerte. El público protestó con todas sus fuerzas, pero la empresa, sin perder su tradicional serenidad, parecía decir, parodiando al filósofo: «Paga; pero paga».

Del lastimoso naufragio sólo se salvó el barítono señor Pandolfini, que cumplió a conciencia.

Claro es que no ha vuelto a cantarse la *Lucia*, pero a los dos días se puso en escena *Lohengrin*.

Los lectores que conozcan la música de Wagner, y especialmente esta ópera, saben que para ella no hacen falta cantantes. En las óperas de Wagner lo esencial es una orquesta numerosa que haga mucho ruido; grandes masas corales, mucho lujo en el atrezzo y en el vestuario, hermosas decoraciones y nada más: los artistas de canto no tienen más importancia que el último de los violines: con que sepan gritar y dar una nota fuerte de vez en cuando, basta.

Por esa razón el éxito de *Lohengrin* sin ser bueno, no ha sido tan desastroso como el de *Lucia*. Es verdad que el señor Cardinalli es un tenor de lo peorcito que puede darse, y que el Sr. Broggi tiene poca voz para hacerse oír entre el torbellino irritado de la orquesta, y que la señora Vitali va ya en decadencia. Pero el Sr. Goula lo arregla todo con unos cuantos fuertes en la orquesta, y la ópera ha pasado sin aplauso y con grandes protestas.

Esperemos ahora a Massini, el tenor de los diez y seis mil reales por función. Para anoche se anunciaba su debut en los *Hugonotes*.

(Tengan Vds. presente que el periódico se imprime el sábado por la tarde).

De los teatros en verso tengo que hablar poco, pero mía no es la culpa de que anden tan remisos en presentar obras nuevas.

Vamos por orden de fechas: yo soy hombre de orden. (No se lo cuenten ustedes al director de LA BROMA.)

Lo primero que se me presenta es un proverbio en un acto y en verso, estrenado el viernes pasado en el teatro de la Comedia.

¿Cómo me regocija el tener que dar una enhorabuena! Se la doy de todo corazón al Sr. D. José Maizquez, autor del proverbio *El muerto al hoyo*. Es una pieza deliciosa, de elegante corte y gallarda factura, admirablemente versificada y llena de lances cómicos y de ingeniosos chistes.

Lo que hace su mérito más recomendable, es la circunstancia de ser la primera obra que su autor da al teatro.

El público la dispensó una acogida holagüeña, llamando a su autor tres veces al proscenio.

Así debían ser todas las obras que se presentaran en el teatro.

Otro juguete cómico, en un acto, se estrenó días pasados en el teatro de Lara. Su autor, el Sr. Navarro González, le puso por título *El nombre obliga*.

Abunda en lances graciosos y tiene situaciones verdaderamente cómicas, sin que le falten discreta versificación y chistes de buen gusto.

También esta obra se salvó y alcanzó aplausos, de lo que me alegro.

El teatro Español no nos ha presentado más novedad que un sainete. No es mucho.

Llábase *Un drama en la venta*, y su objeto no es más que hacer una caricatura de los dramas del género Echegaray. Esta escrita con gracejo, pero llena, como es consiguiente, de extravagancias y disparates. Como su autor D. Juan Utrilla sólo se propuso hacer reír, y esto lo consiguió, no se le debe exhibir más.

Y aquí acabó la cuenta de la semana, porque al teatro de Apolo, que acaba de abrirse, ya le diré lo que pienso de su Compañía, cuando se presente mejor ocasión.

BAMBALINA

CANCION DEL PIRATA

(PARODIA DE ESPRONCEDA)

Con dos mestizos por banda,
viento en popa a toda vela,
no cruza Madrid, que vuela.
Sagrasta con corbatín:
bágel pirata que llaman
los más Venancios, temido,
en el Rastro conocido
del uno al otro confín.

Ladra Canacho a la luna,
y al sentir contrario viento,
de un popular movimiento
se pone verde y azul;
y sigue al pobre Pirata
comiendo alegre la sopa,
Carlos Chapa, que en Europa
fué alcornoque y abedul.

Navega General mío
sin temor,
que no hay Serrano bravo,
y un Castillo en lontananza
a Lopez torcer alcañaza
y sujetar su valor.

Veinte meses
he deshecho
con despecho...
(¡Votar es!...)
Y he rendido
en elecciones,
cien melones
a mis pies!...

Que es mi cínismo un tesoro,
que es mi dios la inequidad,
mi ley la trampa y la burla,
mi única patria el azar.

«Allá Moret ponga en guerra
nuevos reyes,
por la fosforita tierra,
que yo tengo aquí por mío
de Llanes el mar bravío,
a quien nadie impuso leyes.

No hay granuja,
sea cualquiera
mi bandera
y mi señor,
que no cante
mi derecho
y a mi pecho
dé valor.»

Que es mi cínismo un tesoro...

«A la voz de la que riene
es de ver,
cuál la fusión se previene,
para el petate liar;
pero yo espero... ¡la mar!...
y mi furia es de temer.

Busco presas,
las divido,
me he comido
ya un caudal.
Solo quiero,
por riqueza,
la bajez
su rival.

Que es mi cínismo un tesoro...

«Sentenciado estoy a muerte!
yo me río,
que tenga el ministro suerte,
y a Moret que me condena
le pongo al pie una cadena
y le envuelvo en un buen lió.

Y si caigo...
¿qué es la vida?
Por perdida
ya la di
en Sagunto
cuando a un bravo
como esclavo
me rendí.

Que es mi cínismo un tesoro...

Ayuntamiento de Madrid

Non mi música mejor
esquilones,
el cencerro y el tambor,
el barullo y los silbidos,
los rebuznos, los bramidos
y el trombon y los violones.

Y del trueno
con que cuento,
y entre el viento
y el azar,
yo al demonio
ya me he dado
y he pensado
en escapar.

Que es mi diuismo un tesoro,
que es mi dios la iniquidad,
mi ley la trampa y la burla,
mi única patria el azar.

ALFREDO G. DORICA.

POLÍTICA DEL HAMBRE

(MEMORIAS DE UN FUSIONISTA)

POR

LUCCRECIO MESTON

CAPÍTULO IX

CÓMO INGRESÓ COSME CLAUDIO EN LA CARRERA MILITAR

Creo que Fidela habló en efecto con el militar; pero no fué sin duda para decirle lo que yo le había recomendado. No obstante, pude notar desde el siguiente día que el señor teniente me guardaba consideraciones que antes no me había guardado, y que trataba de captarse mi confianza y mi amistad.

Me saludaba con fina sonrisa, buscaba pretextos para dirigirme la palabra, y hasta empezó a darme cigarrillos de papel que yo rehusé al principio, porque nunca había fumado; pero que a fuerza de instancias acepté al fin por una consideración poderosa, porque me dijo que para ser hombre es preciso fumar, juicio que confirmó Fidela, haciéndome desear todos los escrúpulos.

—¿Cómo quieres ser hombre, si no fumas? me dijo ella. Y como este razonamiento no tenía replica, fume dominando la repugnancia que el humo del tabaco me inspiraba los primeros días.

La obsequiosa amabilidad de D. Luis, que este era el nombre del teniente, fué ganándose poco a poco mi ánimo. Las noches en que no estaba de servicio me llevaba a un café que había cerca de casa, y me convidaba a saborear el delicioso moka, y alguna que otra copita de cognac, departiendo conmigo amistosamente. Esta fineza me hizo depone todo resto de desconfianza, y el teniente empezó a serme hombre muy simpático. Por más que alguna vez intenté pagar su café y el mío, jamás lo consintió, ni el camarero, a quien sin duda tenía advertido, quiso aceptar mi dinero. ¿Cómo había de tener yo mala voluntad a un hombre que con tanta delicadeza me trataba?

Solia ocurrir que las noches que ibamos al café se levantaba de la mesa a poco rato, y me suplicaba que le esperase allí hasta que volviera, pues tenía necesidad de ir a casa del coronel a recibir la orden. Yo le esperaba paladeando a pequeños sorbos una copa de cognac. D. Luis tardaba en volver cosa de una hora. Recuerdo que una noche me llevó al teatro; pero no hacía un cuarto de hora que estábamos allí, cuando vino a buscarme su asistente.

—Dispénsame V., Claudio, si le dejo solo, me dijo al oído don Luis: me llaman para asunto del servicio, y no tengo más remedio que sufrir estas contrariedades. Volveré, aunque sea tarde: diviértase V., ya que a mi vicién a interrumpirme estos ratos de solaz.

A medida que nuestra amistad fué intimando, yo no tuve inconveniente en los ratos de expansion que pasábamos en el café, en ponerle al corriente de mis negocios; porque él me preguntaba interesándose por mí, y yo no sabía resistir a sus exploraciones. Cuando supo que yo no tenía ocupación ni rentas de que vivir, y poseía la notable habilidad de tocar el tambor con singular maestría, me aconsejó que lo mejor que podía hacer era engancharme en su regimiento, respondiéndome de que sería admitido por su recomendación en la banda de tambores.

—De todos modos, me decía, si no es ahora, dentro de un año o poco más entrará V. irremisiblemente en quita, y lo probable es que le toque soldado, puesto que no tiene usted exención que le libre del servicio. Enganchándose ahora como voluntario, disfrutará V. el plus que le corresponde, entrará V. en la banda, sin más obligación que la de tocar el tambor, y como no necesita aprendizaje, y como yo le recomendaré con grande interés al tambor mayor, se pasará V. una vida regalada, y podrá ir haciendo sus ahorros, que se encontrará V. intactos en la caja del regimiento, cuando acaben los años del empeño.

Me lo pintó con colores tan risueños, que yo le prometí pensarlo y resolver pronto. Lo primero que hice fué consultarlo con Fidela.

—Es un buen consejo que debes tomar, me contestó ella. ¿Quién sabe si de aquí a cuatro o cinco años habrás llegado a comandante ó a coronel?

—Pero el servicio militar es riguroso, le dije, y tendré que dejarle abandonada y sin auxilio de nadie. Eso es lo único que me inquieta, pues tocante a mi la vida militar confieso que me seduce.

—Por mí no pases pena, contestó ella riendo. Tengo yo medios de sobra para pasarme buena vida sin necesidad de trabajar ni ser gravoso. Sigue mi consejo, Claudio, hazte tambor de regimiento, que cuando llegues a brigadier, dispués te encontrarás con toda el alma a ser tu brigadiera.

Estas palabras desvanecieron mis últimos escrúpulos. Dos días después me engalanaba ya con el vistoso uniforme de tambor de regimiento.

Claro está que tuve que dejar la casa de huéspedes, donde no me iba mal, pero me consolé la consideración de que antes de mucho tiempo habría tenido que abandonarla, porque nuestro caudal estaba casi agotado. Los últimos meses tuve la generosidad de ponerlos en manos de Fidela, que sólo consintió en tomar la mitad, rogándome que la otra mitad, la guardara para mí.

Desde que estubo sujeto a la disciplina, el teniente don

Luis cambió para mí. Cuando yo era libre éramos dos amigos al parecer: desde el día en que estuve filiado, él era el teniente de la compañía y yo el simple tambor.

Este primer desencanto de las cosas del mundo me impresionó, tanto más cuanto que no tardé en saber que había sido juguete de una miserable intriga.

Entre los huéspedes de la casa de huéspedes había una vieja solterona, que yo temiendo asuntos propios que la preocupaban, había hecho profesión de tomar a su cargo los cuidados ajenos.

Sucedió, pues, que a los tres días de ser tambor del regimiento, me encontré una tarde libre de servicio y quise dedicarla a mi buena Fidela. Llegué a la casa, pregunté por ella y me dijeron que había salido con D. Luis.

Debí poner el semblante de un hombre contrariado, porque la vieja solterona que se hallaba presente me llamó aparte, y cuando la criada se hubo retirado a la cocina, me dijo con tono de compasivo interés:

—Es V. un pobre bobo, joven, dispéscame V. que le hable con esta franqueza. Desde el primer día en que llegó usted a la casa con esa linda Fidela, que es toda una gazmoña, advertí, y cualquiera pudo advertir sin ser linco, que empezaron a cruzarse miradas de mutua inteligencia entre la niña y el joven teniente. Las noches que V. salía con él para ir al café, no tardaba él en volver un cuarto de hora, y siempre noté que iba a perderse en el cuarto de Fidela, que sin duda estaba esperándole, porque en mucho tiempo no se le volvió a ver, ni al año ni al otro. Y desde que V. se metió para ir al cuartel, viven en tan íntima unión, que no parecen sino marido y mujer. Juntitos han salido esta tarde, y por cierto que él va de paisano. Si quiere V. buscar a esa interesante pareja, en el campo la encontrará de seguro, recogiendo florillas en el lugar más retirado de las márgenes del Ebro. Yo soy enemiga de meterme en vidas ajenas, pero me da compasión la inocencia de V. y mi buen corazón me manda decirle toda la verdad.

No es mala fortuna para V. el que, según tengo entendido, Fidela no es su mujer, sino su novia. Busque V. otra más fiel, amigo mío, porque esa no vale la pena de que pierda V. el sueño por ella.

Este discurso me dejó malhumorado, porque en efecto, yo le había cobrado gran cariño a la desleal Fidela. Si hubiera sido poeta aquella tarde, hubiera escrito una larga tirada de versos pintando la peridia de aquella ingrata, con todo aquello de arroyo cristalino en la superficie, pero de fondo cenagoso, alma traidora llena de negros dolores, corazón seco y petrificado, etc., etc.

Pero como no tenía todavía esa habilidad que adquirí más tarde, me contenté con darme a mí mismo diables, y jurarme a mí mismo que me vengaría; y para terminar este desahogo y meditar sobre la liviandad de las mujeres, me metí en un café, y una tras otra apuré tres copas de cognac. Excuso decir que fui al cuartel tarde y tambaleándome, lo que me proporcionó la primera ocasión de pasar una noche en el calabozo.

El señor ayudante, en consideración a que era la primera vez que me hacía acreedor a un castigo, tuvo la caridad de levantarme el arresto a la mañana, advirtiéndome que si reincidía sería tratado con toda la severidad de la ordenanza.

Salí a la calle de malhumor, pero ya completamente despejado, y no me había alejado doscientos pasos, cuando me encontré de manos a boca con Fidela.

—¿Adónde ibas? le pregunté frunciendo el entrecejo.

—He sabido por D. Luis que te habían metido en el calabozo, y aunque no conozco al señor coronel, iba a buscarle para suplicarle que te pusiera en libertad.

—No me engañas ya con esas zalamerías, mala hembra.

—¿Pues qué no sé yo que eres la querida de D. Luis?

—Dios mío... ¿y qué mal hay en eso? ¿Te sirve de disgusto, Claudio? ¿Pues no me conoces ya de mucho tiempo? El que a él le agradezca y le recompense sus obsequios, de la única manera que puedo hacerlo, nada tiene que ver con que él te quiera como te he querido siempre.

—Quitate de delante, Fidela, porque me están dando ganas de molerte a puñadas.

Vi que se la arrastraban los ojos en llanto.

—Bueno, pégame cuanto quieras si estás enojado, pero no tienes razón, me contestó. Aunque me maltrates no he de dejar de quererte.

—¿Qué hace un tambor de infantería con una mujer así? Si tiene dinero, lo que yo hice, convidarla a café.



LOS PADRASTROS DE LA PATRIA

«Pronto se trasmitió el fuego de la insurrección a Segovia, donde estalló de una manera más sangrienta. Indignada esta ciudad con la venal conducta de sus procuradores a Cortes, y en efervescencia los ánimos, descargó primeramente el furor popular contra los infelices corchetes que se atrevieron a defender al delegado de la autoridad real. Aquellos desventurados fueron, uno tras otro, arrastrados por el pueblo con una soga al cuello, y colgados en seguida por los pies en una horca de improvisa levantada extramuros de la población. Noticias de este horrible caso los dos procuradores, Juan Vazquez y Rodrigo Tordesillas, que acababan de llegar de la Coruña, el primero anduvo muy prudente en no presentarse en la ciudad; pero el segundo, más altivo o más confiado, cometió la imprudencia de acudir a la iglesia de San Miguel, donde se hallaba reunido el Ayuntamiento a dar cuenta del desempeño de su cometido, según costumbre. Tordesillas, estenia contra sí, no sólo haber votado el donativo contra las instrucciones que llevaba, sino también venir agraciado con un buen corregimiento, y con un oficio en la casa de la moneda.

«Sabedor el populacho de la ida de Tordesillas al Ayuntamiento, se apoderaron violentamente de su persona y le llevaron a la cárcel, donde le echaron una cuerda al cuello y le arrastraron por las calles, dando desahogados gritos de muera el traidor! Leváronle al lugar del suplicio, donde llegó exánime, y colgáronle por los pies de la horca, entre los Ahorcados de la día precedente.»

Relato de Carlos I. Historia de España, por D. Modesto Lafuente.)

—Conque son rebeldes los que protestan de un impuesto único votado por las Cortes?

—Ya lo creo! La Constitución del Estado obliga a todos los españoles a obedecer y acatar las leyes sancionadas por la Representación nacional.

—Y cuando esa representación es ministerial, y no nacional? Cuando los llamados padres de la patria, representan sus intereses y no los del país? Cuando a trueque de creencias para sus amigos y parientes, y de ser agraciados ellos mismos, votan todo lo que quiera el Gobierno, importándole poco que convenga ó no convenga a su patria?

—Hombre, eso es exagerado, es verdad que algo hay de eso; pero no todos son así!

—Ciertamente, pero con que sea la mayoría, basta: V. no ha ido nunca a las sesiones de Cortes?

—No, señor.

—Pues bien, le daré a V. una idea de lo que son; en oyendo una, se oyen todas.

Va a haber una interpelación; se espera una discusión política; todos los diputados están en su puesto: izquierda, derecha, centro, todo ocupado; en el banco azul los ministros; las tribunas atestadas de gente; van a hablar dos diputados que son grandes oradores; empiezan los discursos. Mucha elocuencia; muchas figuras retóricas; muchas galas de oratoria; pero el fondo es el mismo que se ha oído ya en mil discursos; todo se reduce a decir:

La Oposición. Este Gobierno lo está haciendo muy mal! No se puede hacer peor!

El Gobierno. Pues por lo hicieron Vds. cuando eran gobierno; porque el año tantos tuvieron Vds. en su mano el hacer esto y lo otro y lo de más allá y no hicieron nada. La Oposición. Vaya si hicieron! Y si, anongamos. Las elecciones fueron muy buenas, las que Vds. han hecho lo son menos y ultimamente, lo que queremos a todo trance, es que se vayan Vds. para que entremos nosotros! Ya llevan Vds. mucho tiempo de chupar la breva!...

El Gobierno. Pues todavía no estamos satisfechos! Y mientras tengamos la confianza del trono, y mayoría que cebamos para que nos apoye, no dejaremos el banquete del presupuesto.

La Oposición. Vaya si lo dejarán Vds. Es preciso que todos comamos; la sangre del contribuyente es muy dulce y todos nos pirramos por ella!...

El Gobierno. Pues tendrán Vds. paciencia por ahora!...

El Presidente. Se terminó esta discusión.

La mayoría da un voto de confianza, y adelante.

Qué discursos! Qué elocuencia! Cuántos píccemes a los oradores! Se han puesto como verduleras, de ropa de pasaca! Y el país qué ha ganado?

Presenciar un nuevo escándalo parlamentario.

El Presidente. Discusión de los presupuestos.

Los diputados van abandonando el salón: quedan porque no se diga, una docena de la mayoría y dos ó tres de la minoría. Los curiosos de las tribunas también se marchan: ya acabó el reñidero de gallos; ya no se sacan trapos viejos a relucir, y lo que se va a hablar no tiene interés: de qué se va a tratar? de si se ha de pagar tal ó cual contribución? De si se van a gastar bien ó mal algunos miles de millones que hemos de pagar todos? Eso qué importa? Los padres de la patria lo arreglarán!...

La discusión de los presupuestos no es animada: algún diputado de la oposición presenta alguna enmienda; la defiende; lo contesta un individuo de la oposición, que ya sabe lo que ha de decir: se toca a votar; entran los diputados que no se han enterado de la discusión; y para qué? Ya saben que han de apoyar al Gobierno; que no representan al país, sino al ministro! Votan y se los desecha la enmienda por mayoría, y así sucesivamente.

Se aprueban los presupuestos; vienen a ser ley; se publican en la Gaceta; salen vapos y culebras; se saquea al contribuyente; éste pone el grito en el cielo; se culpa al ministro, como que es el responsable, aunque en este país nadie responde de nada! Pero no es el ministro el más culpable, por mucho que lo sea; son esos padrastrós de la patria, que han votado tranquilamente su ruina.

Pobre patria! Has tenido más padres que madres tuvo Adriana Angot, que fué prohibida por todas las verduleras del mercado; con la diferencia de que aquellas defendían los intereses de su hija adoptiva, y estos padres, maldito el interés que se toman por su hija.

Se cierran las Cortes; los diputados vuelven a sus distritos! Qué alegría! Ya vuelve el diputado! Se les recibe con cohetes, fuegos artificiales, serenatas, banquetes, se les lleva en triunfo por lo bien que lo han hecho!

Llegan otras elecciones; se reparten nuevos programas; se ofrecen muchas mejoras; empieza la animación, los discursos, los convites, las trampas en las listas electorales, el soborno, la intriga, etc.

Se les vuelve a elegir, en premio de sus buenos servicios, y rueda la bola, y caiga el que caiga!

1 + 6 =



El Sr. Gobernador civil de Madrid prohibió anteayer una de las caricaturas destinadas al Suplemento de hoy.

Esta es la razón que justifica el retraso con que le damos, habiendo tenido que improvisar la laminita en sustitución de aquella condenada.

En esto de las caricaturas pasa algo singular: los periódicos que vienen de Barcelona, gozan de libertad, que a los de Madrid les falta. Allí, como en Italia, (donde recientemente ha publicado el Pasquino de Turin cuatro caricaturas del Papa Leon XIII), los dibujantes ponen a los obispos con todos sus atributos y colgajos, y estos dibujitos vienen a Madrid; pero si uno de nuestros artistas se permite dibujar que una mitra ó un capelo, la previa censura del Sr. Gobernador borra tales atributos, y prohíbe la estampación del cuadro.

El Sr. Conde de Niquena es afable como pocos gobernadores; atentísimo, deferente a todos los ruegos; pero con esto de las caricaturas episcopales, ¡vamos! no transige ni con el lucero del Alba. Nos permite retratar al prelado A. y al cardenal M. y al arzobispo H.; pero pidiendo mitras, baculos ni sombreritos con borlas eclesiásticas!

Y entre tanto, nuestros apreciables colegas El Lari y La Mosca, de la capital de Cataluña, traen mitras al por mayor, y ofrecen asuntos que en Madrid no pasan de...

Por lo demás estamos muy reconocidos a la cortesía del señor Conde; y suponemos que tales restricciones, son impuestas por el fanatismo de ciertos personajes de ambos

LA POLITICA DEL HAMBRE



MONTÉ EN UNO DE LOS BURROS DE RUFINO EL ARRIERO...



...SABIA COLOCAR LAS VINAGERAS...



UN AÑO PASÉ CON LOS TITIRITEROS, Y EN ESE TIEMPO...



...Y SE CERRÓ EL TRATO...

